

Serie

Hashimoto Takako



Bellota de shii

椎の実

橋本多佳子

螢の夢



Colección
Hotaru no yume

Bellota de *shii*

Takako Hashimoto

© De la edición, portada y traducción:

Antonio Jesús Ramírez Pedrosa.

Andrea González Ruiz.

La senda del haiku, 2025.

<https://lasendadelhaiku.com>

Bellota de *shii*

Hashimoto Takako

Fuente original en:

https://www.aozora.gr.jp/cards/001752/files/55838_51969.html

Obra publicada para la colección *Hotaru no yume* de La senda del haiku, proyecto vinculado a la Asociación Cultural Yume.

Editado en Córdoba, 2025.

De conformidad con lo dispuesto en la legislación vigente sobre propiedad intelectual, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico, mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra. La infracción estos derechos puede ser constitutiva de delito.

椎

の

実

Me dijeron que soy una persona que no soporta la soledad. Y en ese momento, no me gustó oírlo. Pero, pensándolo bien, tampoco es algo que pueda evitar.

Cuando me encuentro con amigos, detesto la tristeza que siento tras la despedida y, sin darme cuenta, me esfuerzo por encontrar algún modo de retenerlos un poco más. Por eso, es cierto que, mientras estoy con más gente, temo la soledad. Es normal que los demás lo perciban así.

A veces, voy a los bosques de Nara para escribir haiku. Como casi siempre voy sola, no me adentro demasiado, pero conozco varios bosques y barrancos cercanos donde reina la calma y no hay nadie. En invierno, aquel bosque y río; en primavera, el bosque de *asebi*¹ y los hermosos

¹ Arbusto perenne de hoja brillante, con racimos de pequeñas flores blancas o rosadas en forma de campanilla. Suele florecer en primavera.

árboles *kobushi*²; en verano, en otoño... tengo lugares predilectos para cada estación.

Aquel día también salí sola, sin más. Como era el día siguiente al Festival de Wakamiya, no había nadie. En la amplia avenida de acceso, solo unas mujeres barrían el polvo del día anterior. Al desviarme a la derecha, hacia Tobihiro, todo era campo de *susuki*³. Las espigas deshechas brillaban bajo el sol, ribeteadas de luz. Un día más en el que tampoco encuentro grupos de hombres ni mujeres. Eso está bien, aunque no puedo evitar sentir tristeza al ver que no hay niños. Y así, no me nace la inspiración poética.

² Árbol de hoja caduca, de grandes flores blancas que suelen aparecer entre marzo y abril, antes de que broten las hojas. Al igual ocurre con algunas variedades de cerezo, como la variedad *yoshino*. Este árbol es una variedad de magnolio.

³ Planta perenne, de tallos altos y delgados. Presenta espigas plumosas y plateadas que se abren en otoño. Son muy resistentes y crecen en laderas, campos abiertos y al borde de los caminos.

Crucé el parque de los ciervos y entré al bosque, deteniéndome entre los mismos árboles de siempre. Al cruzar el delgado arroyo que bajaba de las montañas profundas, vi los grandes cedros y pinos que el último tifón había arrancado de raíz. Allí seguían, enumerados uno por uno, sin que nadie los hubiera tocado. Me senté a descansar bajo uno de ellos, por donde se filtraba la luz. A mis pies, los helechos de Kasuga⁴ ya marchitos y un espeso musgo verde, mullido y cálido.

En ese momento, de pronto, me di cuenta: no sentía, en absoluto, la soledad.

“Entonces, quizá no soy alguien que no soporta estar sola”, murmuré para mí.

Quisiera quedarme así para siempre.

Ahora estoy tranquila y llena de paz.

⁴ Se refiere a helechos que crecen en el bosque del Santuario de Kasuga, Nara.

A mi alrededor, se alzaban troncos gruesos de cedros. Sobre mi cabeza, el bosque se cerraba con densidad, y lo único que se percibía a lo lejos era la leve sensación del cielo. Una tórtola alzó el vuelo repentinamente, batiendo las alas con un ruido áspero y violento. Entonces, se acercó una manada de ciervos entre los que había algunas crías. Comenzaron a mordisquear el musgo o a levantarse sobre las patas traseras para partir, con un chasquido seco, las ramas más bajas. Las crías, alborozadas, corrían lejos dando vueltas. Y las madres, inquietas, me observaban de reojo con recelo. Los machos, como siempre, enseguida entrechocaban las astas y se incorporaban con ímpetu, rudos e impulsivos.

Justo cuando empecé a sentir un poco de miedo, sin saber por qué, uno de los ciervos echó a correr y toda la manada desapareció tras él.

Escribí en mi libreta algunos versos —o algo parecido a versos— y me puse en pie. Sentía pena por marcharme sin más, así que me uní a unos niños que, por casualidad, recogían frutos

del bosque. Llevaban largas cañas de bambú y andaban golpeando la espesura de los *shii*⁵. A simple vista, las bellotas no se apreciaban, pero cuando acertaban a golpear en el lugar adecuado, caían salpicadas y rebotaban por el suelo. Me divertía la escena, así que los ayudé.

Ellos compartieron conmigo algunas bellotas y me las comí. Su piel blanca, afilada como el marfil, su dulzura fresca y tierna... Era el sabor de un fruto del bosque.

椎の実の見えざれど竿うてば落つ

Aunque no se vean
al golpear con la caña
caen bellotas de *shii*.

⁵ Árbol autóctono de Japón de la misma familia del roble y el haya. Pueden alcanzar los veinte metros de altura y cuyo fruto, unas bellotas pequeñas y alargadas, de piel clara y puntiaguda, son muy valoradas en otoño. Como *kigo*, estas bellotas suelen estar asociadas con el bosque, la infancia y la vida en el campo.

Así, los niños me dieron frutos del bosque... y también me dieron un haiku. Después, nos despedimos.

Ya de regreso, al salir de nuevo a Tobihino, desde el campo de *susuki* por el que pasé antes salió corriendo otro grupo de niños.

Esta vez, todos llevaban en las manos espigas plateadas de *susuki*, largas y resplandecientes. Algunas, pensé, debía mediar hasta seis *shaku*⁶.

Antes de que pudiera preguntarles qué hacían con eso, uno de ellos se adelantó al centro del campo, adoptó la postura de lanzar una jabalina y la arrojó al cielo con todas sus fuerzas. La espiga, con el extremo cortado hacia delante, se elevó recta hacia lo alto y, luego, describiendo una parábola, cayó al suelo a lo lejos, clavándose con firmeza.

⁶ Un *shaku* equivale aproximadamente a treinta centímetros

Tanto los más mayores, como los más pequeños, lanzaban sus jabalinas plateadas como querían. En el cielo próximo al ocaso, resplandecían las paráolas que trazaban al volar. Pensé: *cuántos juegos hermosos existen...* Y me quedé allí un rato, de pie, observando.

Empezaba a refrescar. Me ajusté el cuello del abrigo y comencé a caminar hacia las luces de la ciudad que brillaban a través de la bruma del atardecer. Sentía una alegría que me llenaba por completo el pecho. Ni rastro de aquella tristeza que suelo sentir después de haber estado con alguien; todo era alegría. Claro que, quizás, se debía también a que, en la dirección hacia la que volvía, se extendía, por todo cuanto abarcaba la vista, la calidez de las luces del hogar.



AGRADECIMIENTOS

Agradecemos, de corazón, a todas las personas que confían en nosotros cada semana, que siguen compartiendo sus obras en nuestros retos, permitiendo que su voz se convierta en la voz del grupo, cediendo su percepción de la realidad para aprendizaje del resto y motivando a los demás miembros, nuevos o veteranos, a seguir creando.

También queremos dar las gracias a las socias y socios de la Asociación Cultural Yume, quienes dan vida a este especial proyecto.

Y en especial, a nuestras y nuestros mecenas: Alfonso Portillo de Gea, Alvaro Davila, Aurora Gil Bohórquez, Azucena Ruiz Fernández, Braulio García Suárez, Carmen Ramírez Pedrosa, Eva Luna Viñas Martínez, Francisco Barrios, Francisco Javier Pastor Gómez, Iliana Restrepo, Isabel Gómez Sanjuan, Isabel Pedrosa Pedrosa, Javier Costa Rocha, Javier Lara Cardador, Jorgelina Hazebrouck, Jovita Briones Barbadillo, Julia Agosti, Kohaku, Luly de la Cruz, María Garrido 2020, María Victoria Antoni Piossek, Miguel Garrido de Vega, Norbert Froufe González, Óscar Cuevas Benito, Rosa Ruiz Pérez, Santiago Kō Ryū Luayza, Sara Elena Mendoza Ortega, Tomás Mielke,

Tomás Sard Peck, Vicent Cabo Roig, Victoria Eugenia Gómez Sánchez, quienes nos apoyan cada mes para que todas nuestras iniciativas sigan creciendo.

Esperamos que disfrutéis con esta obra publicada bajo el sello de La senda del haiku y que sirva para que apreciéis los detalles de este camino.

Descubre más obras como ésta, gratis y con acceso universal en:

<https://lasendadelhaiku.com/hotaru-no-yume>